

El Cabezo de la Jara y el enterramiento de los Escipiones. Evolución de una leyenda a través de la historiografía*

Antonio Vicente Frey Sánchez

RESUMEN

Breve estudio sobre la leyenda del enterramiento de los Escipiones en el bello paraje del Cabezo de la Jara, en el municipio de Puerto Lumbreras (Murcia). La leyenda, nacida al parecer en el siglo XVI, evolucionó hasta que se ha conservado en el imaginario popular en la actualidad

ABSTRACT

Brief study about the Scipions' bury site in the nice place of Cabezo de la Jara, in the municipiy of Puerto Lumbreras (Murcia). The legend, probably arisen in XVIth Century, evolved still now in the collective imaginary.

PALABRAS CLAVE

Escipiones, Historiografía, Leyendas, Cabezo de la Jara, Puerto Lumbreras.

KEYWORDS

Scipions, Historiography, Legends, Cabezo de la Jara, Puerto Lumbreras.

* Este trabajo se realizó en 2009 para una publicación colectiva de difusión con motivo de la declaración del entorno del Cabezo de la Jara como Lugar de Importancia Comunitaria (LIC) en 2008, promovida por el entonces alcalde de la localidad D. Pedro Antonio Sánchez López. Dado que al final esta publicación no vio la luz, he creído interesante compartirla en esta revista.

1.- INTRODUCCIÓN

Todo en el mundo guarda, en función de su trascendencia, un lugar en la historia. Existen lugares que son depositarios de incunables tesoros. Hay que buscarlos, rescatarlos y valorizarlos. No siempre se halla en ellos el regalo que a la vista ofrece el tradicional patrimonio material tal como la monumental obra arquitectónica, la composición escultórica, etc., pero puede devenir en un patrimonio inmaterial, que en un contexto local, regional e, incluso, nacional adquiere una significativa importancia y representatividad. Es, éste, el caso del Cabezo de la Jara, finca forestal de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia ubicada en el municipio de Puerto Lumbreras, y constituida, en diciembre de 2008, como Lugar de Importancia Comunitaria, LIC, (figs 1 y 2). Lo dice la leyenda: el Cabezo de la Jara custodiaria los restos del general Cneo Cornelio Escipión quien, al parecer, se refugió en estas montañas después de la célebre batalla contra los cartagineses, que históricamente se conoce como “Batalla de Munda”; se supone –continúa la leyenda- que sus restos se encuentran en la llamada Cueva de los Escipiones, una de las oquedades que conforman este macizo calcáreo de 1.242 m de altitud.



Figura 1

Las leyendas representan una impronta histórica firmemente engastada en la memoria colectiva. Hoy día el concepto académico que define “leyenda” guarda un fuerte vínculo con lo que actualmente se conoce como “patrimonio inmaterial”. Señala la UNESCO que patrimonio inmaterial “... se trata del conjunto de creaciones que emanan de una comunidad cultural fundadas en la tradición, expresadas por un grupo o por individuos y que reconocidamente responden a las expectativas de la comunidad en cuanto expresión de su identidad cultural y social; las normas y los valores se transmiten oralmente, por imitación o de otras maneras. Sus formas comprenden, entre otras, la lengua, la literatura, la música, la danza, los juegos, la mitología, los ritos, las costumbres, la artesanía, la arquitectura y otras artes”¹. Como señala la definición, el paso que transforma una leyenda en elemento de reconocimiento de un territorio es lo que se denomina identidad cultural, un imprescindible elemento social que sirve de fundamento a las entidades políticas. Es por ello que a lo largo de la historia las autoridades han potenciado, en la medida que contribuían a dar cohesión política o social, la conservación de las tradiciones orales y las leyendas. En este caso la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia y el Ayuntamiento de Puerto Lumbreras,

¹ 25ª Sesión de la UNESCO en 1989: “Recomendación sobre la Salvaguarda de la cultura tradicional y popular”. Cfr.: Alarcón Ruiz, C., 2005, p. 200

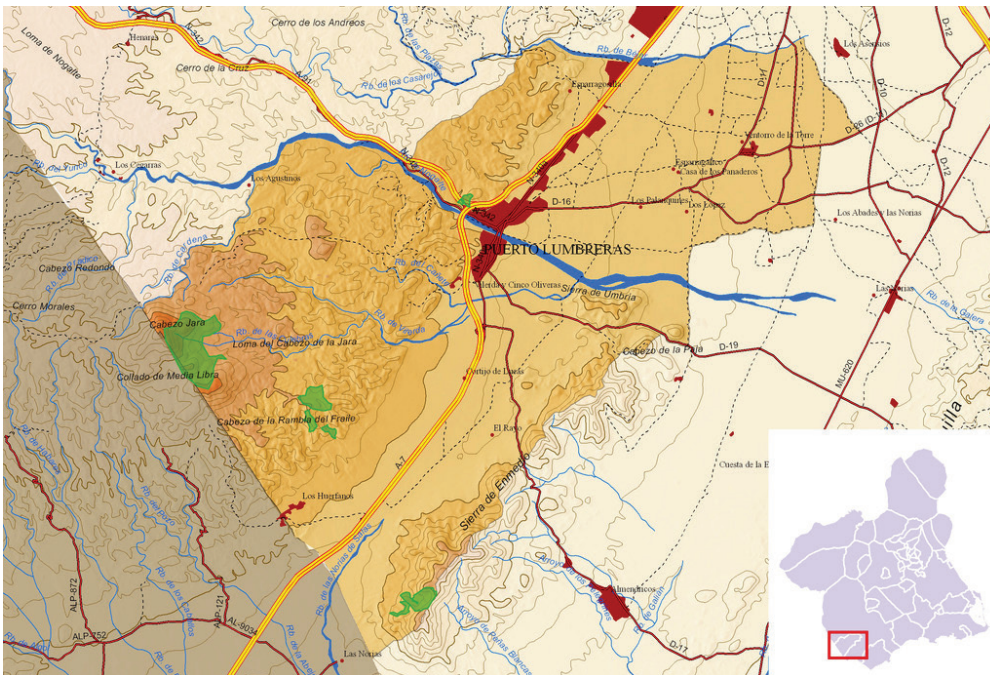


Figura 2

con la monumentalización del entorno natural del Cabezo de la Jara contribuyen a su conservación, y a la pervivencia de su presunto significado histórico.

Ahora bien, ¿qué sustrato histórico posee la leyenda de los Escipiones?, ¿asiste el lector a una realidad transmitida de generación en generación y que, dada su singularidad –un hecho de armas que se remonta nada menos que a la Segunda Guerra Púnica–, podría ser un elemento que otorgase a Puerto Lumbreras un lugar en el panorama de los escenarios bélicos de la historia del Mediterráneo occidental o, por el contrario, el lector se halla ante un mito surgido de la prodigiosa literatura historiográfica de los siglos XVII y XVIII? Este breve estudio trata de responder a estas preguntas, analizando su prehistoria, su protohistoria y los primeros siglos de la antigüedad clásica, recogiendo los testimonios arqueológicos y documentales más extraordinarios con que construir esta argumentación; y, también, con la idea de acercar al curioso lector al devenir de este enclave medioambiental a lo largo de los siglos. Por ello, interesará al lector comprobar si, en efecto, existen sólidos elementos históricos que fundamenten la leyenda

El texto que el lector va a tener ocasión de leer se realiza a propósito de la singularización del Cabezo de la Jara como hito del patrimonio natural de la Región de Murcia, y pretende ser una llamada de atención que sirva para situar las tradiciones orales como elementos de profundo significado histórico y exponentes de un exuberante sustrato cultural que se debe, entre todos, defender y preservar como fuente de riqueza. En este sentido la leyenda de la Cueva de los Escipiones no es sino ejemplo del profundo bagaje cultural que atesora el entorno del Cabezo de la Jara y, más concretamente, Puerto Lumbreras.

2.- EL CABEZO DE LA JARA Y SU ENTORNO DESDE LA PRE-HISTORIA HASTA LA ROMANIZACIÓN

La historia de Cabezo de la Jara ha permanecido a lo largo del devenir del tiempo a caballo entre las tierras del municipio al que pertenece en la actualidad, Puerto Lumbreras –antes Lorca– y la cercana localidad de Huércal-Overa, puerta de acceso a la vecina Almería².

² Sobre el territorio remito al lector al estudio de A. Gil Olcina, 2004, sobre todo p. 34 y ss.

En contraste con otras comarcas colindantes, en esta zona de momento son escasos los vestigios hallados de sus primeros pobladores prehistóricos (Paleolítico y Neolítico), aunque se infiere que, por los restos encontrados en yacimientos cercanos, y dada su condición de zona estratégica de paso entre el sur y el sureste de la península Ibérica, debió existir un poblamiento nómada, tal vez estacionario. Ese estratégico paso entre el Levante y el sur peninsular adquirió forma incluso antes de la dominación romana —culturas del Bronce y el Hierro— estableciendo, así, las bases de lo que sería la configuración medieval anterior a la Reconquista y, más discretamente, de la posterior a aquella. Y ya desde entonces, desde aquellos que lucharon por poseer ese enclave vital para las comunicaciones, se sentaron las bases de la conformación del paisaje del entorno del Cabezo de la Jara y Puerto Lumbreras con ejemplos como el aprovechamiento de las aguas tanto superficiales como las subterráneas que se observan en su paisaje agrícola³.

El paraje que rodea este lugar se constituye en singulares y bellos espacios que, de una forma o de otra, propiciaron el asentamiento prehistórico en un medio ambiente cambiante que desembocó en el Holoceno, tiempo climático parecido al actual. Los asentamientos, que arrancan en el Paleolítico Inferior (120.000–95.000 años), fueron de carácter estacional por la condición nómada de sus individuos⁴. En contraposición, fue en el Neolítico (desde el 5000 hasta el 3000 a.C.) cuando se produjo el proceso de sedentarización, advertido gracias a evidencias de poblaciones vecinas al Cabezo de la Jara y el término municipal de Puerto Lumbreras: por ejemplo, el yacimiento del Capitán —donde incluso se documentan las primeras manifestaciones megalíticas con doce estructuras sepulcrales— y el asentamiento de la Virgen de la Salud, en Lorca⁵.

Un siguiente estadio cultural, de gran importancia para el ámbito geográfico que se está difundiendo, fue el Calcolítico o Edad del Cobre (desde el 3000 a.C.), que encontró su máxima expresión con la Cultura de Los Millares, originaria de la vecina Almería. El Calcolítico, como expresión protourbana, habría alcanzado, según R. Chapman, su desarrollo material y social —entonces se detectan las primeras estratificaciones sociales gracias al estudio de los enterramientos— debido al progreso de las técnicas de aprovechamiento de las aguas en este paisaje árido, a lo que añade J. Eiroa García *“la influencia de las ideas que circulan por todo el Mediterráneo por medio de viajeros y comerciantes”*⁶. Dos elementos fundamentales definen a este periodo: el megalitismo asociado a enterramientos y la aparición del vaso campaniforme. Del primero simplemente señalar dos yacimientos cercanos al ámbito de estudio: la Salud y Murviedro, ambos en el término de Lorca; sobre todo, el último que poseía un sepulcro megalítico, hoy destruido, asociado a un emplazamiento defendido por una muralla. Por su parte, el vaso campaniforme, más común en la vecina Almería, encuentra su expresión en Murviedro y la cercana La Capellanía⁷.

A partir del 2000 a.C. hizo acto de presencia la denominada Cultura de El Argar. Esta cultura —originaria en Almería— se expandió hacia las provincias de Albacete, Jaén y Murcia debido, en gran parte, al cobijo ofrecido por las cordilleras prebéticas y a la cierta unidad medioambiental que presenta el conjunto de territorios antedichos. Lo hizo como precedente a la ulterior y más poderosa cultura íbera que dominaría el sur peninsular durante el primer milenio a.C. La Cultura de El Argar significó un desarrollo material significativo respecto a sus antecesoras. No sólo por la introducción del bronce como elemento material identificador, sino por la proliferación de una red de poblados —algunos en altura y otros en llano— donde ha sido identificada variedad en su actividad económica. Según M. Ayala Juan, estos poblados se caracterizaron por una planificación urbanística y un desarrollo de las células habitacionales de la vivienda⁸.

En el caso que nos ocupa, al hallarse el Cabezo de la Jara y su entorno en medio de los pasos naturales desde el foco irradiador de El Argar —Almería Oriental— hacia

³ El aprovechamiento de aguas en ese territorio está estudiado por J. M. Gómez Espín, 2004.

⁴ Ejemplo de ello es la vecina Lorca donde se ha documenta el yacimiento de El Capitán, en la terraza fluvial del Turrilla, del Paleolítico Inferior. Vid.: M. J. Sanchez González, 1994, p. 23 y ss.

⁵ Ambos correspondientes a un Neolítico Final o Eneolítico y, en algunos casos a partir de las propuestas de Luís Siret, Cultura de Almería. Vid.: J. EIROA GARCÍA, 1994, pp. 115-137.

⁶ *Id.*, p. 180.

⁷ *Ib.* p. 195 y ss. También, vid.: J. F. Idanez Sánchez, 1987, pp. 93-102

⁸ Algunas de estas viviendas estaban orientadas intencionadamente siguiendo los puntos cardinales. Vid.: M. M. Ayala Juan, 1994, pp. 227-261.

los valles del río Guadalentín y del río Segura, son más que evidentes los indicios arqueológicos de esta cultura allí presentes. En ocasiones han sido documentados poblados en llano, como los identificados en tres ramblas que marcaban el tránsito desde Almería a Murcia: la rambla de Nogalte, la de los Chacones y la de los Casarejos. Se ha llegado a señalar que en una cuarta rambla han sido hallados significativos restos que, junto a los del Cerro de las Yeseras, constituyen a día de hoy el grueso del poblamiento argárico en el entorno del Cabezo de la Jara. Otros yacimientos significativos son el del Cabezo del Asno, el Cerro de la Cruz, el Cerro de las Viudicas y el Barranco de la Peña Blanca. Se ha constatado la presencia de enterramientos en las inmediaciones de algunos de estos yacimientos: por ejemplo, la necrópolis de la Cañada Honda, anexo al Cerro de las Yeseras⁹. La tipología de esos enterramientos se entronca con el modelo de Almedricos, el célebre yacimiento consistente en un desarrollado poblado, un área de cultivo y un amplio campo de urnas. Este último elemento da idea de la importancia que tuvo el medio geográfico como factor de unidad cultural. De hecho, las excavaciones del conocido como Rincón de Almendricos mostraron un modelo de enterramiento que sería común a partir de este estadio cultural: el abandono de la cremación parcial o total de los cuerpos y la inhumación dentro de urnas, generalmente en posición fetal¹⁰. Se desconoce el motivo por el que se adoptó este ritual, aunque tal vez se debiera a la adopción de nuevas creencias, influencia de otras culturas, etc.

La presencia de aquel importante foco cultural de El Argar en el sudeste peninsular no fue ajena a griegos y fenicios. Entre el 1800 y 1100 a. C., cuando se desarrolló la citada cultura y más allá de la segunda fecha, al inicio del primer milenio, ya con los íberos, se iniciaron los contactos con fenicios –tirios– y griegos –ante todo focenses–. Su presencia, en la forma de emporios comerciales, facilitó la entrada de productos de manufactura oriental, de refinada fábrica que proliferan en enterramientos y ámbitos de poblamiento ya íberos. En efecto, fue, sobre todo, con la sociedad íbera cuando se produjo una significativa presencia helénica en lo material. Minas y otros tipos de yacimientos mineralógicos excitaban la citada eclosión material, como había estado ocurriendo en otros lugares de la actual Región de Murcia. En este sentido, las galerías del Cerro de San Francisco, situadas en las cercanías de El Saltador (Almería), y las de la Sierra de Enmedio confirmarían este fenómeno, que, además, contaba, en algunos de estos yacimientos, con restos de una primitiva industria de transformación representada por escorias y abundancia de útiles¹¹.

Empero, entre la desaparición de la Cultura de El Argar y la aparición de la íbera se produjo un “periodo intermedio” caracterizado por la entrada de los pueblos Celtas en la Península y la escalada de contactos con pueblos orientales entre otros factores. Algunos historiadores denominan este periodo, que arranca claramente en el Sudeste en el 1200 a.C., como el de la transición del Bronce Medio al Bronce Tardío o Final. Durante este período fue frecuente la fundación de nuevos asentamientos *ex novo*, algunos documentados en Almería y Granada (Galera), y otros en la Región de Murcia (rambla del Ramonete, Lorca) ya vinculados, como indicaba más arriba, a industrias de extracción de minerales y a un incipiente comercio con la costa. Los poblados son también complejos y los enterramientos asociados regresan, en numerosos casos, otra vez a la incineración abandonada durante el intermedio argárico¹².

Con la aparición del periodo Íbero Antiguo, a partir del 700 a. C., se produce la irrupción en la Edad del Hierro. Los ejemplos son muchos y variados y se extienden por toda la costa mediterránea de la Península Ibérica. Se halla el lector, entonces, ante una cultura compleja, organizada, articulada y vertebrada, de un gran desarrollo material y con una gran capacidad comercial; ello unido a un ámbito geográfico extenso y rico que, obviamente, sería objeto de deseo por parte de Cartago y Roma. Un ejemplo cercano al ámbito de estudio y que ilustra de la mejor manera este salto cualitativo,

⁹ Casi todos ellos recogidos de una forma u otra en M. García López; M. Buendía Noguera y J. Linares Beneyto, 1989, pp. 7–47; J. A. Gómez Martínez, 2006 y J. A. Gómez Martínez y D. Munuera, 2003.

¹⁰ Ayala Juan, M. M., 1994, p. 245.

¹¹ Otros yacimientos mineralógicos cercanos fueron la Torrecilla, Tercia, Carrasquilla, Almenara, Cantar y Lomo de Bas. Todos ellos agrupaban cobre, plata y estaño. *Id.*, p. 253.

¹² Lomba Maurandi, J., 1994, pp. 263–287.

lo representa la explotación de las minas de plata de Herrerías (en las cercanías de Villaricos).

En aquel panorama del primer milenio a.C. —en que se contextualiza la transición del bronce a la cultura Íbera y de ésta a la romana—, a día de hoy se conoce con bastante aproximación el reparto poblacional de pueblos y tribus en la península Ibérica, con la certeza que indican fuentes más o menos contemporáneas a la irrupción romana¹³. La Península estaba dividida étnicamente en cinco grandes grupos: los pueblos primitivos (cántabros, vascones, várdulos, autrigones y caristios); los pueblos celtas (llegados en torno al 1000 a.C.: galáticos, turmódigos y berones); los pueblos celtíberos (astures, lusitanos, vetones, vacceos, carpetanos, arévacos, pelendones, titos, belos, lusones, turboletas, olcades y lobetanos); pueblos iberizados (turdetanos, oretanos, bastetanos, costanos y layetanos); y, finalmente, los adscritos a los denominados íberos —muy diferenciados de los celtíberos y de los indígenas iberizados—: contestanos, edetanos, iacetanos, ilergetes y baleáricos muy influenciados, todos ellos, por las culturas griegas¹⁴. En su profusión tribal, estos pueblos dejaron una trascendental huella en la Península, destacando, entre todos ellos, los íberos, en el sudeste peninsular. Por ejemplo, a diferencia de las anteriores culturas, los pueblos íberos desarrollaron una economía compleja, en la que se producían intercambios comerciales, no solo con los pueblos del Mediterráneo oriental sino, también, entre ellos. Más aún, se llegó a acuñar moneda, con todo lo que ello representa. Su estructura social era compleja, estratificada en castas: su base era el pueblo; había un orden sacerdotal y una nobleza terrateniente; y en la cúspide, régulos. Incluso esclavos. No existía un Estado como tal, sino ciudades-estado con variables áreas de influencia, cuya base política residía en una asamblea; estas ciudades cultivaban unas relaciones más o menos fluidas con sus vecinas, que tanto cartagineses como romanos supieron aprovechar en sus respectivas políticas coloniales¹⁵.

Fueron, ante todo, como he señalado más arriba, focenses y tirios, los primeros en iniciar unas sólidas relaciones con los pueblos peninsulares del primer milenio a. C. A ellos les siguieron jonios, atenienses (siglo V a.C.) y otros pueblos mediterráneos. Después de ellos, fundamentalmente a partir del siglo III a.C., fueron los cartagineses los que complementaron aquella influencia con una agresividad creciente¹⁶. De forma resumida: aunque la primitiva presencia de los cartagineses se retrotrae al 660 a.C. con la fundación de Ebussus (Ibiza) no fue hasta el 500 a.C. cuando comenzaron la progresiva colonización del litoral, una vez derrotados los focenses de Massalia (Marsella). Durante este periodo las pugnas contra aquellos fueron constantes, debido, fundamentalmente, al juego de las fundaciones (los focenses fundarían Akra Leuké —Alicante— hacia el 500 a.C.).

Pero sería partir del siglo IV a.C. cuando se aceleró el proceso, encontrándose por el camino con una nueva potencia emergente en el Mediterráneo occidental que también ambicionaba la península Ibérica: Roma. Para evitar problemas, Polibio cuenta que la necesidad de establecer cotas a ambas esferas de influencia, dio paso a la firma de un tratado con Roma que fijaba los límites de influencia en Mastia (348 a.C.), sin embargo la tensión entre ambas derivó finalmente en la Primera Guerra Púnica entre el 264 y el 241 a.C. Como reacción a tal desastre, los bárquidas fueron los encargados de poner freno a la decadencia de la presencia de Cartago en la Península, intensificando el dominio militar y el consiguiente sometimiento de las tribus de su sur y centro. Fue en este periodo (desde el 230 a.C. aproximadamente) cuando Amílcar Barca murió luchando contra los oretanos y cuando, poco después, se fundara la ciudad de Qart Hadast (226 a.C.) en el lugar de la ciudad de los mastetanos, Mastia. Ese mismo año del 226 a.C. se elaboró un nuevo tratado en que se reconocieron los límites de influencia tanto de Roma como de Cartago en torno al río Ebro. Poco tiempo después, a causa de la ciudad de Sagunto se inició la Segunda Guerra Púnica (220-

¹³ Por ejemplo Estrabón. *Vid.*: Blázquez, J. M., 1971, p. 3 y ss.

¹⁴ El citado trabajo de J. Caro Baroja, 1946 aborda desde una perspectiva antropológica dicha cuestión

¹⁵ *Id.*

¹⁶ Tovar, A. y Blázquez, J. M., 1993, p. 11 y ss.

208 a.C.), que finalizó con la expulsión de los cartaginenses de la península Ibérica, y el consiguiente inicio de una larga dominación romana, como se verá más adelante¹⁷.

Y si algo le sobró a los romanos fue tiempo para consolidar una política de colonización: casi seiscientos años de presencia ininterrumpida. En efecto, la presencia romana en la Región de Murcia, si bien todavía en proceso de estudio, fue muy significativa. Se sabe, empero, de la relativa debilidad del entorno lumbrebrense; que, por ejemplo, la demarcación geográfica de las provincias romanas unificaron el ámbito del entorno del Cabezo de la Jara –Huércal-Overa, Purchena, Vélez Rubio y el río Almanzora- hacia la Tarraconense. De este período se conoce un interesante conjunto de restos de edificaciones a los pies de la sierra del Cabezo de la Jara, mientras que en la cercana Sierra de Almagro se conocen los restos de lo que se ha venido denominando “Huércal La Vieja”¹⁸. También, en el entorno de la vecina Lorca se hallan significativos restos de una sólida presencia consolidada a través de los siglos y potenciada, aún más, por la vía Augusta –la calzada romana que articuló el contorno mediterráneo de la península Ibérica-. Ésta pasaba por el paraje de La Parroquia, que une Vélez Rubio con Lorca, y quedaba retirada de las actuales tierras de El Cabezo de la Jara y Puerto Lumbreras, lo que motivó la falta de población en estos lugares durante la romanización y la relativa lejanía de las villas agrarias romanas. Se cree, no obstante, que la arqueología todavía puede aportar interesantes datos sobre la presencia romana en el término, sobre todo en el contexto del Imperio.

3.- CONTEXTUALIZACIÓN DE LA LEYENDA DE LOS ESCIPIO- NES. LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA

Fue durante la República –en aquella transición del Bronce a la dominación romana en la Península Ibérica, en el contexto de la Segunda Guerra Púnica– cuando se sitúa la referida leyenda del enterramiento de los Escipiones en el entorno del Cabezo de la Jara.

La citada leyenda indica que fue en el año 214 a. C. cuando se produjo la importante batalla de La Monda o Munda, donde acaeció la muerte de Gneo Escipión. A día de hoy, algunas fuentes que, a su vez, beben de la leyenda han tratado de situar esta localidad de la antigüedad en la cortijada de Los Mundos, en un punto estratégico del valle del río Almanzora –también entonces eje por donde discurría el camino que unía el Mediterráneo con Andalucía-, sin que esa localización sea concluyente dado su escaso fundamento científico; de este modo la cercanía de aquella contienda explicaría el enterramiento en el Cabezo. En realidad poco se sabe, si bien, como se ha podido advertir en el anterior capítulo, numerosos testimonios arqueológicos dan fe de un sólido dinamismo poblacional en la zona desde el Paleolítico hasta este estadio histórico. Otros historiadores, leyendo más rigurosamente a Tito Livio, sitúan tal enfrentamiento en el Guadalquivir, entre Écija y Osuna.

Como indican de una forma más o menos hiperbólica los cronistas e historiadores romanos, la llama de la Segunda Guerra Púnica prendió en el Mediterráneo occidental a partir del año 218 a. C. con el sitio, saqueo y destrucción de Sagunto por Aníbal. A pesar de las negociaciones durante el propio sitio de la ciudad, los cartagineses continuaron con su obstinado empeño en reducir a la plaza rebelde, que, por otra parte quedaba dentro de los límites de influencia del Imperio africano, tal y como había sido pactado entre las dos potencias en el año 216 a. C. Está claro, coinciden los historiadores, que Aníbal y su partido deseaban la revancha del desastre de la Primera Guerra Púnica, hasta el extremo que existían importantes planes estratégicos de cara a la contienda.

Fuera como fuera, lo cierto es que los primeros esfuerzos bélicos de aquellos conten-

¹⁷ Tito Livio resume de forma magistral la segunda Guerra Púnica en la Península Ibérica en *Historia de Roma. La Segunda Guerra Púnica*, editada parcialmente en castellano en una edición de A. Ramírez de Verger y J. Fernández Valverde, 1992, p. 433 y ss.

¹⁸ Fontenla Ballesta, S., 2000, p. 23. Sus referencias parten de otras que provienen del último tercio del siglo XIX y primeros años del XX. Puede leerse: “*Testigos de la segunda mitad del S. XV declaran que estaba abandonada y arruinada (...), y en el año 1905 sólo quedaban unas cuantas piedras esparcidas con adherencias de yeso (...). Seguramente no fuese una fortaleza fronteriza como la rábita de Huércal la Vieja, sino una pequeña ermita también llamada rábita donde vivía un ermitaño musulmán dedicado a prácticas piadosas, a veces en compañía de discípulos, rodeados por un ambiente de respeto y veneración. (...) De su existencia han quedado los topónimos Rambla del Fraile y Cabezo de la Rambla del Fraile, en las estribaciones sur del Cabezo de la Jara.*”

dientes fueron en la línea de fortificarse y reclutar tropas, incluso hispanas, aspecto –este último– más sencillo para los cartagineses, que mantenían una holgada influencia sobre gran número de tribus¹⁹. Una vez superadas todas las dificultades cada potencia inició una campaña que se centró en concretar su propio escenario bélico: así, mientras Aníbal pasó a la península Itálica fueron los romanos quienes decidieron llevar la contienda a la Ibérica. Esto se hacía, según el consenso de los historiadores, para debilitar el apoyo de las tropas hispanas que surtían y abastecían al general cartaginés en su camino a Roma²⁰. Así, aquel mismo año del 218 a. C., en agosto, desembarcó Gneo Escipión en Ampurias, iniciando lo que sería una progresiva y ardua campaña dirigida contra Asdrúbal, entonces a cargo del gobierno de la Hispania cartaginesa, empeñada en restar hispanos de las filas de sus enemigos.

Los años en que trascurrió esta primera fase de la guerra en la Península, 218-211 a. C., vieron el progreso de los romanos desde sus bases en la actual Cataluña, descendiendo lentamente por el Levante, e introduciéndose en el estratégico valle del Guadalquivir desde La Mancha. A esta campaña le sucedió, según Tito Livio, la toma de Cástulo y Bigerra, hasta que la muerte de ambos Escipiones arruinó todas las ventajas alcanzadas²¹. Esta última fase se desarrolló más o menos así: hacia el 211 a. C. ambos Escipiones, reforzadas sus filas con mercenarios celtíberos, acordaron destruir definitivamente al ejército cartaginés de Hispania, que entonces se hallaba dividido entre Asdrúbal y Magón. Para ello dividieron sus propios efectivos, de modo que, mientras Publio se lanzaba contra ellos, Gneo esperaba²².

Tito Livio cuenta que el hábil Asdrúbal logró una noche convencer a los mercenarios celtíberos para que abandonaran a los romanos, de modo que cuando éstos quedaron en inferioridad numérica comenzaron a ser hostigados. Entonces, tres columnas se conjuntaron para acabar con el ejército de Publio: la cartaginesa; la númida –compuesta mayoritariamente por caballería que llevó la iniciativa–; y, la celtíbera al mando de Indíbil, que actuó de cebo. En poco tiempo, el ejército de Publio Escipión quedó destruido y él mismo muerto. Entonces, al enterarse Gneo de la suerte de su hermano, decidió que lo más prudente era huir, pero fue alcanzado por los enemigos y obligado a refugiarse en una colina. Sin posibilidad de fortificación, lo que no se había desbandado de sus tropas fue reducido y él muerto²³.

La derrota de los Escipiones amenazó con la ruina total de los romanos en la Península Ibérica, mas la rápida intervención de Roma con el envío de nuevas tropas, primero al mando de C. Claudio Nerón, futuro vencedor de Asdrúbal en Metauro, y luego, desde el 210 a. C., de Publio Cornelio Escipión, hijo del cónsul Publio Escipión y sobrino de Gneo, ayudó a reconducir las cosas. Los historiadores coinciden en que no fue hasta la llegada de este Escipión cuando el poderío romano se recuperó en Hispania contribuyendo, así, a la derrota de Cartago.

4.- HISTORIOGRAFÍA SOBRE LA LEYENDA Y SU PERVIVENCIA.

La leyenda del enterramiento de los Escipiones en el Cabezo de la Jara se remonta a las primeras manifestaciones de la historiografía regional, lo que da idea de la importancia de un mito y su constante cultivo por las diferentes generaciones. Hasta el extremo ha sido llevado este cultivo, que aún persiste en la memoria colectiva de las localidades que rodean aquel paraje.

Curiosamente, no fue ningún autor lorquino quien construyera, con mayor o menor fortuna, la primera versión historiográfica del hecho. Fue un murciano del siglo XVII, Francisco Cascales, quien en *Discursos Históricos de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Murcia y su Reino* hizo la primera referencia a la célebre batalla de Munda

¹⁹ En este sentido la propia mujer de Aníbal era de Cástulo. Vid.: Tovar, A. y Blázquez, J. M., 1993, p. 17.

²⁰ *Id.*

²¹ Tito Livio, 1992, *Ib.*

²² Tovar, A. y Blázquez, J. M., 1993, *ib.*

²³ Tito Livio, 1992, *Ib.*

entre cartagineses y romanos, que situó en las cercanías de Lorquí, localidad ribereña al río Segura; y como consecuencia de ella, la muerte y enterramiento de Gneo Escipión²⁴. La lectura del capítulo 2 del libro I de su obra, ubica esta mítica batalla en aquella localidad, en el antiguo término de Murcia, basándose en Plinio, en la *Historia Natural* (libro 3, capítulo 2), quien había señalado –siempre según la lectura de F. Cascales– “el río Thader, que riega el campo de Cartagena, se había llevado las cenizas de Escipión”. Tal afirmación hay que entenderla en un contexto, Discursos históricos fue la primera gran obra historiográfica de la Región de Murcia, con una sólida base documental, y preocupada por ofrecer una historia de Murcia y su reino de una forma rigurosa, pero centrada en la historia política de su capital, por lo que la cercanía de Cartago Nova, y la importancia que en su momento tuvo su ager –como si de un vínculo entre ambas ciudades se tratara– debió ser determinante para querer acercar los acontecimientos del siglo III a.C. a la ciudad de Murcia, cuyo Concejo, por otra parte, había financiado la obra de aquél.

Durante un buen tiempo la obra de F. Cascales fue considerada un adecuado texto sobre la historia del Reino de Murcia mas, institucionalizada tal leyenda, y ante la necesidad de dar cobijo a Lorca en el contexto histórico de aquélla, P. Morote publicó, en 1741, *Antigüedades y Blasones de la Ciudad de Lorca*. La necesidad de sentar la importancia de Lorca en la historiografía del Reino de Murcia le hizo analizar el opúsculo del murciano para construir la historia de la ciudad de Lorca. Y como es natural, atrajo a la ciudad relatada tan magnífico suceso. Su texto, al estilo de como había hecho F. Cascales, introducía la historia del territorio a partir de la llegada de los romanos a Hispania –capítulo XIX–, advirtiendo que la famosa batalla de Munda entre cartagineses y romanos había sido en las cercanías de Lorca, en los montes “llamados oy los Xarales”²⁵. Para justificar tal cambio realizaría en el capítulo XXI una amplia crítica del anterior texto sintetizado por el título “*Contra Cascales, que las cenizas; y sepulcro de Scipión, están en los campos de Lorca*”, señalando en la página 78: “*En confirmación de lo dicho señala Lorca, y con ella, todos los pueblos de esta comarca, el antiquísimo monumento, que se le erigió al General Romano Gneyo para su sepulcro. Este se registra oy en el Cabezo de la Xara, llamada así por la mucha que su terreno cría, término de la Ciudad de Lorca. Su fábrica es de durísima argamasa; su forma la de un sepulcro, capaz para un gentil cuerpo. En toda su circunferencia, ni ay, ni noticia de aver avido vestigios de antiguo Pueblo; la que ay, repetida de ocasiones diversas, en que se han encontrado muchas monedas de Romanos, y novisimamente algunas, que por singulares las pidió un Cavallero muy curioso a un Religioso, que oy vive; quien las halló en las cercanías de aquel sepulcro...*”. En este caso visto, P. Morote añadió, al desplazamiento de Lorquí por Lorca, el testimonio de una estructura, un sepulcro, donde quedaba enterrado Gneo Escipión, materializando la referencia histórica en un punto hoy difícil de reconocer y que, tal vez, pudiera identificarse con algunas de las estructuras localizadas hoy día a los pies del cerro. De hecho, esa suposición no era fatua: desde hacía tiempo se conocían los restos de estructuras edilicias a las faldas del Cabezo. En una visita de 1688, los restos de una construcción que había allí, eran identificados como “Casa de Scipión”²⁶. Con ese panorama, las excavaciones a las que se refiere S. Fontela Ballesta del año 1870 arrojaría, además, interesantes datos²⁷.

A pesar de todo, el estudio histórico y filológico más riguroso de los llevados a cabo sobre la cuestión vino, a finales del siglo XIX, de la mano del erudito F. Cánovas Co-beño. Éste, representante de una concepción racionalista de la historia, más crítica y preocupada de dar respuestas a cuestiones racionales que en crear un fondo para-histórico a las aspiraciones políticas de las ciudades, publicó, en 1890, su *Historia de la Ciudad de Lorca* con la que se encargaría de hacer una profunda crítica a los anteriores textos. Obviamente, uno de los mitos batidos fue el de la muerte de Escipión en el Cabezo de la Jara, que terminó situando donde –como se ha visto en el anterior

²⁴ Cascales, F., 1621, lib. I, cap. II.

²⁵ Morote, P., 1741, pp. 73 - 76.

²⁶ Fontenla Ballesta, S., 2000, p. 3. Citando el trabajo de E. García Asensio, 1908 dice así: “*Sitio que hay una Rábita, partían términos Vélez, Vera, Huércal y Lorca, en enero de 1586 (...). Estaba bueno y en su sitio en la visita del año 1622 (...). El mojón era conocido por la casa de Scipión en el año 1668, desde donde iba a la sierra de Enmedio por la rambla de los Frayles y la rambla Bermeja, según el deslinde del año 1668 (...). El mojón estaba en “una llanadica y a modo de hoyo, de ocho pasos, llena de piedras, y en sitios inmediatos diferentes hincadas en el suelo a modo de cimientos de mucha antigüedad, y vuelta la cara a poniente de este Cabezo una punta más superior de donde se hallan los cimientos, que parece haber sido de casa o semejante edificio*”.

²⁷ Id., pp. 9–10: “*... se hizo una excavación en el año 1870, en la primera concavidad de la cueva, encontrándose fíbulas metálicas, puntas de lanza y una espuela de plata, regaladas al entonces académico D. Antonio Romero Ortiz*.”

capítulo- coinciden la gran mayoría de historiadores y filólogos: en Jaén, cabecera del río Guadalquivir²⁸. Su análisis, que reproduzco, es lógico, y explica las posturas de sus predecesores: *“Un episodio de que nos da noticia Plinio ha dado margen a polémicas entre algunos escritores, relacionadas con Ilorci ó Lorca, dice: que ‘volvió Publio Cornelio Scipión á Cartagena donde celebró los funerales de su padre y tío, según había ofrecido a los Dioses’ á pesar de texto tan explícito, dice el P. Morote que celebró Scipión dichos funerales en Lorca, y funda esto en otro texto de Plinio en que cuanta que ‘el Thader, que riega el campo de Cartagena huye de Ilorci pira de Scipión’ y aunque en esta cita no se dice que en Ilorci tuviesen lugar los funerales la exactitud que generalmente se nota en las descripciones geográficas de Plinio y la dificultad de hallarla en este pasaje, ha hecho creer que el texto está alterado.*

“Para aclarar este punto es necesario citar íntegramente lo que dice Plinio, hablando del nacimiento del Betis dice, que ‘no nace en la provincia tarraconense, en el pueblo de Mentesa (Laguaria) sinó [sic] en Puerto-Auxin, junto al cual nace también el Thader que riega el campo de Cartagena, aquél, (esto es el Betis) huye más veloz que éste (el Thader) de la hoguera de Scipión, hacia el ocaso’.

“En la edición de Plinio de 1587, en la de Frobenio y en la de París se le lle ocyor refugit y no Ilorci refugit como equivocadamente se ha puesto en otras ediciones; esto resuelve todas las cuestiones y está en armonía con todos los hechos históricos y datos geográficos; pues si en Ilorci (Lorca) estaba la pira de Scipión, no tenía el Thader necesidad de huir, pues está a más de sesenta kilómetros distante de ella, y si Ilorci es Lorquí como han creído otros, el Thader no solo no huye, sino que pasa muy lentamente al pie de dicha villa; por otra parte, P. Scipión no murió en la Celtiberia ni mucho menos en los Jarales de Lorca, sino en Sierra Segura, cuyo paso intentaron forzar los romanos para atacar á los cartaginenses en la Bética, y habiendo sido derrotados, muchos de ellos se ahogaron en el río y otros se refugiaron en las selvas, dice T. Livio; este río era indudablemente el Betis, y las selvas los pinares que aún subsisten de Sierra Segura. Ni en el Cabezo de la Jara ni en ningún punto del término de Lorca hay un río donde pueda ahogarse parte de un ejército...”²⁹.

Solucionada la cuestión con aquel análisis crítico, puede advertirse en los siguientes trabajos publicados la desaparición de la leyenda. Ni siquiera A. Merino Álvarez en su *Geografía Histórica de la Provincia de Murcia* hizo referencia a la cuestión, tanto por estar, fundamentalmente, centrada en la evolución del paisaje y la historia desde la Edad Media hasta su actualidad, como por el interés del propio autor de sentar las definitivas bases de un *corpus* histórico, positivista, riguroso y certero. Interesa, no obstante, apreciar la descripción que hizo del entorno, porque permite al lector advertir la forma en que el territorio del Cabezo de la Jara tuvo, hasta bien entrado el siglo XX, un poblamiento vecino y, por lo tanto, los elementos humanos necesarios para hacer perdurar la leyenda³⁰. Sin embargo, lo cierto es que a pesar del explícito análisis de F. Cánovas Cobeño, la tradición de la muerte de Gneo Escipión en el lugar del Cabezo de la Jara ha perdurado hasta nuestros días, hasta el extremo, incluso, de situar el enterramiento de ambos hermanos en el mismo punto geográfico. Y si en el texto de P. Morote variaba Lorquí por Lorca, e identificaba un sepulcro, resulta, pues, interesante advertir el alcance de la variación de la leyenda, que en la actualidad ha sustituido tal estructura por las cuevas del Cabezo. Se constata, con este factor, la forma en que el pueblo, alejado de los estudios eruditos de la Restauración por razones de analfabetismo y educación seguía su propio camino cultural.

De una forma o de otra, existe entre algunos vecinos del entorno la leyenda de los Escipiones, y la cueva donde uno o los dos se hallan sepultados, quedando como un hito popular, que hoy día continúa siendo recogido por ciertas fuentes. En efecto, en la actualidad no son pocas las páginas web de tipo cultural o turístico, en donde se

²⁸ Cánovas Cobeño, F., 1890, p. 30 y ss.

²⁹ *Id.*, pp. 31-32.

³⁰ Merino Álvarez, A., 1981, p. 434.: *“En los Jarales tenía Lorca otros cortijos con fuentes, arboledas, hortalizas y viñas: el Zarzalito, la Alquería de Navarro, el Hortillo, el Pradico, las dos Parrillas, la alquería de Riopar, etc. (...) para cuya conservación ponían desvelo los moradores”.*

³¹ Rodríguez Llopis, M., 1997, p. 17.

recoge este mito, aunque algunas de ellas, dada la vinculación al territorio, son de significativa importancia en el contexto virtual. Destáquense tres, una de ellas, www.regmurcia.com, de gran eco en la difusión de la historia y las tradiciones de Murcia, no se atreve a despejar la incógnita de la leyenda, incrustando tal información en el contexto de la historia de Puerto Lumbreras. La segunda de ellas es una web de carácter privado, www.puertolumbreras.es, que se encarga de promocionar la localidad, recogiendo, de igual modo, la leyenda sin crítica alguna. Finalmente existe, acreditada en la vecina Huerca-Overa la tercera página, www.taxihuercal-overa.es, que hace referencia a la citada leyenda. Sin entrar a valorar si es correcta o incorrecta su inclusión, aquellos ejemplos son suficientes para llamar la atención sobre cómo el mito historiográfico creado hace casi quinientos años ha sobrepasado el ámbito del papel, y ha asentado sólidamente en la conciencia cultural de una sociedad, sobre todo por el grado y la forma de difusión que hoy día tiene tal mito, y de la potencial trascendencia que, bien administrada, podría tener sobre Puerto Lumbreras.

5.- SÍNTESIS Y CONCLUSIONES. EL CABEZO DE LA JARA HOY: HITO Y SÍMBOLO DE IDENTIDAD LUMBRENSE

Antes de sintetizar unas conclusiones que ya conoce el lector, me gustaría precisar con claridad algunos aspectos analizados, y, sobre todo, el objetivo de este estudio. Se dice que la labor de la historia es comprender sus fuentes, y hacer que éstas se expresen, por lo que es lógica la creencia que el pasado nos habla a través del texto escrito; pero no debemos olvidar que también lo hace a través de los objetos, las tradiciones, las costumbres, etc. Decía en su introducción el profesor M. Rodríguez Llopis, autor de la *Historia de la Región de Murcia* que la historia de ésta “es la historia de una comunidad de hombres y mujeres que, en la actualidad, viven en un territorio concreto y que participan de una cultura común que ha sido generada a lo largo de varios siglos (...) la historia de la Región no es la historia de un espacio geográfico sino de la de unos grupos humanos”³¹. Es, ésta, una gran reflexión de enorme trascendencia historiográfica, de la que me he servido para acercar al lector la historia de la Prehistoria, Protohistoria y Antigüedad del entorno del Cabezo de la Jara: una historia que ha arrancado necesariamente de sus primeros pobladores y que finaliza en la eclosión del Imperio romano en la península Ibérica, con el escenario de fondo de la muerte de los Escipiones durante la Segunda Guerra Púnica. La historia se muestra, pues, como una sucesión de culturas y formas de vida en el entorno del Cabezo de la Jara, manifestación del enorme patrimonio arqueológico que fundamenta la historia de Puerto Lumbreras.

Probablemente una de las conclusiones más sensacionales a las que llegar es advertir cómo aquellos hechos descritos por los historiadores romanos trascendieron su tiempo, y se convirtieron en testimonios escritos, para más tarde ser reaprovechados en un legítimo interés de otorgar una trascendencia histórica al antiguo Reino de Murcia. Que se hicieran de una forma o de otra no resta singularidad a los autores y sus obras. Fueron ellos los que sentaron las bases de la importante leyenda de los Escipiones, que forma parte del patrimonio inmaterial de Puerto Lumbreras, y que no debe ser desechado. La imposibilidad demostrada del enterramiento de aquellos en el Cabezo de la Jara explicada por F. Cánovas Cobeño no es más que un punto en la tradición. La tradición en sí forma parte de una cultura popular que es parte de la historia. Es esa una grandeza que hay que saber aprovechar.

Como indicaba en la introducción, el Cabezo de la Jara ha sido declarado recientemente Parque Regional lo cual es, en mi opinión, una excelente oportunidad para preservar un paraje de una belleza prototípica en lo que a paisaje mediterráneo se refiere; un paisaje que hace cientos de años otros pobladores también supieron valorar. Pero esta declaración tiene que ser considerada también como un postrer homenaje

³¹ Rodríguez Llopis, M., 1997, p. 17.

a aquellas personas que hicieron que el Cabezo de la Jara y su entorno aun tenga un sitio en la historia de Murcia. El Ayuntamiento de Puerto Lumbreras, como responsable más directo de su gestión tiene la oportunidad de añadir a aquella declaración un singular nicho cultural, constituyendo un hito de notable esencia histórica, que destaque sobre las localidades vecinas, y que enriquezca a sus habitantes y visitantes. De este modo quedará reforzada para siempre su identidad: construyendo futuro con el pasado y el presente.

ANEXO. LA MUERTE DE LOS ESCIPIONES SEGÚN TITO LIVIO

“En el mismo año los acontecimientos en Hispania tuvieron diversa suerte: pues antes de que atravesaran el río Ebro, Magón y Asdrúbal derrotaron a cuantiosas tropas hispanas; y la Hispania Ulterior habría hecho defección de los romanos si P. Cornelio no hubiera llegado en el momento oportuno –cuando los ánimos de sus aliados empezaban a flaquear- tras haber hecho pasar a toda prisa a su ejército el Ebro. La primera acampada de los romanos se produjo junto a Castro Albo, famoso lugar por la muerte del gran Amílcar. Su ciudadela estaba fortificada y con antelación se había almacenado trigo; sin embargo, como todos los alrededores estaban infestados de enemigos y la formación romana había sido hostigada impunemente por su caballería y habían sido muertos unos dos mil de entre los retrasados o desperdigados por los campos, los romanos se retiraron de allí aproximándose hacia lugares controlados y fortificaron el campamento en el monte Victoria. Allí se presentaron Gn. Escipión con todas sus fuerzas y Asdrúbal, el hijo de Gisgón, que hacía el tercer general cartaginés, con un ejército completo, situándose con los otros dos al otro lado del río, frente al campamento romano. La salida a escondidas de P. Escipión con unas tropas ligeras para explorar los alrededores no pasó desapercibida para los enemigos, y lo habrían sorprendido en campo abierto si no se hubiera apoderado de una altura cercana. Con la llegada de su hermano se libra del asedio al que también allí lo sometieron. Cástulo, una ciudad hispana poderosa y noble y con una alianza tan estrecha con los cartagineses que la esposa de Aníbal era de allí, se pasó a los romanos. Los cartagineses comenzaron a atacar Ilturgi porque allí había una guarnición romana; y parecía que iban a tomar ese lugar más que nada por el hambre. A fin de allegar socorro a sus aliados y a su destacamento, Gn. Escipión partió por entre los dos campamentos con una legión ligera y penetró en la ciudad causando muchas bajas al enemigo, y al día siguiente volvió a salir y a luchar con el mismo éxito. Entre los dos combates fueron muertos más de doce mil hombres y se capturó a más de mil, junto con treinta y seis enseñas. De esta forma se retiraron de Ilturgi. Seguidamente comenzó a ser atacada por los cartagineses la ciudad de Bigerra, que también era aliada de los romanos. La llegada de Gn. Escipión deshizo este asedio sin necesidad de combate”

“Ese mismo verano en Hispania, después que durante casi dos años no se había hecho nada que de verdad mereciera la pena contar y que la guerra se había desarrollado más con la política que con las armas, los generales romanos salieron de sus cuarteles de invierno y unieron sus tropas. Se convocó entonces una reunión conjunta y las opiniones de todos fueron unánimes al convenir en que, como hasta entonces lo único que se había hecho era detener a Asdrúbal en su camino a Italia, era ya el momento de tratar de poner fin a la guerra en Hispania; y para ello creían que se habían añadido suficientes fuerzas con los veinte mil celtíberos llamados a filas ese invierno. Había tres ejércitos enemigos: Asdrúbal, el hijo de Gisgón, Magón, que habían unido sus campamentos, estaban a casi cinco días de camino de los romanos; más cerca se hallaba Asdrúbal, el hijo de Amílcar, un general veterano en Hispania y que tenía su ejército junto a una ciudad llamada Amtorgis. Los jefes romanos pretendían que éste fuera el primero en quedar fuera de combate, y para ello tenían la esperanza de contar con tropas más que de sobra; lo único que les

inquietaba era que el otro Asdrúbal y Magón, espantados por la derrota de éste, alargaran la guerra retirándose a montes boscosos e inaccesibles. Pensaron entonces que lo mejor era hacer frente a la guerra por toda Hispania al mismo tiempo con las tropas divididas en dos ejércitos, y lo hicieron de modo que P. Cornelio condujera contra Magón y Asdrúbal a dos partes del ejército romano y de los aliados, y que Gn. Cornelio se enfrentara a Asdrúbal Barca con el tercio restante del primitivo ejército además de los celtíberos. Ambos jefes y ejércitos partieron al mismo tiempo tras los celtíberos que iban de avanzadilla, y plantan sus campamentos junto a la ciudad de Amtorgis y a la vista de los enemigos, de los que los separaba un río. Allí quedó Gn. Escipión con las tropas antes citadas y P. Cornelio partió hacia la zona de operaciones que se le había encomendado.

“Cuando Asdrúbal se dio cuenta de las escasas tropas romanas que había en el campamento y de que todas las esperanzas radicaban en las tropas auxiliares de los celtíberos, conocedor como era de la doblez de los extranjeros y más que nada de todos estos pueblos entre los que llevaba cumpliendo su oficio durante tantos años y siendo fácil la comunicación al estar uno y otro campamento lleno de hispanos, acuerda con los jefes de los celtíberos mediante entrevistas secretas y a cambio de una gran recompensa que saquen de allí sus tropas. La acción no les parecía una atrocidad –pues no se trataba que volvieran sus armas contra los romanos– y por no hacer la guerra se les daba una recompensa que les hubiera parecido suficiente incluso por hacerla, y en general se veía con agrado no sólo la tranquilidad sino también el regreso a casa y la alegría de ver a su familia y a su hacienda. Por tanto fue más fácil convencer a la tropa que a lo oficiales. Al mismo tiempo ni siquiera había miedo a los romanos, que ciertamente eran pocos, en el caso de que pretendieran retenerlos a la fuerza. En verdad que estos habrá de ser prevenido siempre por los generales romanos y estos casos habrán de considerarse como ejemplos reales de que no se puede confiar en las tropas auxiliares hasta el extremo de no disponer en un campamento de más potencial y –sobre todo– fuerzas propias. Tras coger de pronto sus enseñas, se marchan los celtíberos dando como única respuesta a los romanos que les preguntaban el motivo y les suplicaban que se quedaran que los reclamaba una guerra interna. Desde el momento en que los aliados no podían ser retenidos ni con ruegos ni por la fuerza, Escipión comprendió que sin ellos no era rival para los enemigos ni podía unirse otras vez a su hermano y que no disponía de ninguna otra salida airosa, y decidió retroceder todo lo que pudiera, resuelto sobre todo a no trabar combate en ningún lugar despejado con el enemigo, que, después de atravesar el río, iba casi pisándole los talones.

“Por aquellos mismos días a P. Escipión le acuciaba un miedo semejante y un peligro mayor procedente de un nuevo enemigo. Se trataba del joven Masinisa, aliado por entonces de los cartagineses y a quien luego la amistad con los romanos hizo famoso y poderoso. En la presente ocasión no sólo cortó el paso de P. Escipión con su caballería nómada sino que luego lo hostigaba sin cesar día y noche, de manera que tanto apresaba a los que se había aventurado lejos del campamento al salir a buscar leña y forraje como galopaba delante del mismo campamento y se lanzaba a menudo en medio de las posiciones provocando por doquier un enorme alboroto. También por la noche cundía la alarma en las puertas y la empalizada a consecuencia de sus frecuentes ataques por sorpresa, y los romanos no tenían ocasión ni momento alguno en que no les causara miedo y desasosiego, y estaban forzados a permanecer dentro de la empalizada sin disponer de nada. Como era casi un asedio en regla y se dejaba ver que se hacía más duro si Indíbil, del que se decía que se aproximaba con siete mil quinientos susetanos, lograba unirse a los cartaginenses, Escipión, que era un general sensato y previsor, se vio forzado por las circunstancias a tomar la arriesgada determinación de salir de noche en busca de Indíbil y combatir con él sea cual fuere el lugar en que lo encontrara. Por lo tanto, tras dejar una pequeña

fuerza en el campamento y poner a su mando al lugarteniente T. Fonteyo, partió a medianoche y trabó combate al establecer contacto con el enemigo. La lucha era sobre la marcha, sin despliegue de líneas; sin embargo, y en lo que daba de sí un combate sin cuartel, la ventaja era de los romanos. Pero no sólo la caballería númida, a la que el general creía haber burlado, los envolvió de repente por los flancos causándoles un gran temor sino que, después de afrontar el nuevo frente contra los númidas, se presentó además un tercer enemigo: los jefes cartagineses se sumaron a la lucha por la retaguardia; y los romanos se vieron cogidos entre dos fuegos sin saber contra qué enemigo o contra qué punto era mejor cargar en bloque. Y mientras el general luchaba arengaba y acudía adonde más dificultades había, una lanza le atraviesa el costado derecho; y cuando el cúneo enemigo que había atacado a los que cerraban filas en torno al general vio que Escipión caía muerto de su caballo, echan todos a correr locos de contento y anunciando a gritos por todo el frente que el general romano había sucumbido. La difusión de estas palabras por doquier hizo que tanto los enemigos se consideraran indiscutibles vencedores como los romanos vencidos. La huida del campo de batalla comenzó a producirse inmediatamente después de la pérdida del general; pero, si bien no era difícil abrirse paso entre los númidas y otras tropas auxiliares armadas a la ligera, por el contrario apenas si podían escapar de tanto jinete y de tanto infante que igualaba en rapidez a los caballos, y casi fueron más las bajas en la huida que en el combate; y ninguno hubiera quedado con vida si, precipitándose ya el día en el ocaso, no se hubiera presentado la noche.

“Los jefes númidas se dieron entonces prisa en explotar su suerte, e inmediatamente después de la batalla, sin apenas darles a los soldados el descanso necesario, corren a marchas forzadas al encuentro de Asdrúbal, el hijo de Amílcar, completamente seguros de que podían poner fin a la guerra si conseguían unírsele. Cuando lo lograron, se produjo entre los ejércitos y los jefes una gran explosión de alegría y contento por la reciente victoria: se había acabado con un general tan importante y con todo su ejército y las expectativas de otra victoria semejante no admitían dudas. Entre los romanos aún no había noticias ciertas de tan gran derrota, pero se extendía el triste silencio y el callado presentimiento que se suele dar cuando interiormente se presagia ya la inminencia de una desgracia. El propio general era consciente de que, aparte de haber sido abandonado por sus aliados, las tropas enemigas se habían engrosado considerablemente, y además la deducción lógica le hacía decantarse más por la sospecha de haber sufrido una derrota que por algún fundado motivo de esperanza: pues ¿de qué manera, sino habiendo concluido su propia guerra, habían podido Asdrúbal y Magón trasladar a su ejército sin tener que combatir? y además ¿cómo su hermano no les había cerrado el paso o los había seguido a distancia para que, si no podía impedir que tanto los generales como los ejércitos de los enemigos se reunieran, al menos él pudiera enlazar con las tropas de su hermano? Atormentado por estas preocupaciones, creía que lo único provechoso por el momento era alejarse de allí todo lo que pudiera; de ahí que, sin que los enemigos lo supieran ni, por tanto, se movieran, recorrió bastante distancia. Cuando con el día se dieron cuenta los enemigos de que se habían marchado, tras enviar a los númidas de avanzadilla comenzaron su persecución a la mayor velocidad posible. Los númidas les dieron alcance antes del anochecer y fuerza de hostigarlos ora por la retaguardia ora por los flancos los obligaron a detenerse y a proteger la formación; sin embargo, Escipión los animaba a que, corriendo el menor peligro posible, lucharan y avanzaran al mismo tiempo antes de que las tropas de infantería les dieran alcance.

“Pero como con la táctica de moverse y detenerse sucesivamente no se avanzaba mucho al cabo de bastante tiempo y la noche ya se echaba encima, Escipión retira del combate a los suyos, y tras reagruparlos, los hace subir a una colina que si bien no era lo suficientemente segura, y menos aún para unas tropas quebrantadas, con todo era un poco más elevada que las demás de los alrededores. Allí en un principio,

tras hacerle hueco en el centro a los bagajes y a la caballería, los infantes desplegados en derredor no tenían problemas para rechazar las cargas y los ataques de los nómadas; luego, una vez que ya habían llegado los tres generales con todas las fuerzas de sus tres ejércitos regulares y se dejaban ver que sus recursos para defender el lugar con las armas eran escasos sin una fortificación, el general romano comenzó a examinar los alrededores y a considerar si había algún modo de levantar una empalizada alrededor. Pero la colina era tan pelada y de suelo tan escabroso que no había forma de encontrar arbustos para cortar estacas ni tierra adecuada para hacer el terraplén, excavar el foso o cualquier otro trabajo y no había nada lo bastante escarpado o abrupto de por sí como para plantearle al enemigo dificultades de aproximación o ascenso; todo el terreno se elevaba en suave pendiente. Sin embargo, para ofrecer una apariencia de empalizada ponían alrededor los serones atados con su carga y los apilaban hasta lo que solía ser su altura habitual, formando un montón de impedimentas de todo tipo en donde faltaban serones para rellenar.

“Cuando llegaron los ejércitos cartagineses, la verdad fue que hicieron subir a sus fuerzas por la colina sin ningún problema; al principio, el aspecto desconocido de la fortificación les hizo detenerse como ante un prodigio, mientras sus jefes les gritaban por todas partes que por qué se paraban y no hacían pedazos y destrozaban aquella pantomima que apenas si era bastante eficaz para detener a mujeres y niños; el enemigo estaba en sus manos, escondido tras los bagajes. Los oficiales les hacían estos reproches con desprecio; pero no era fácil franquear ni mover el obstáculo de los fardos ni echar abajo los serones apilados y repletos de su propia carga. Mas desde el momento en que a fuerza de remover con partesanas el obstáculo de los fardos les hubieron abierto una brecha a los soldados y hubieron hecho eso mismo por muchos puntos, el campamento ya estaba tomado en su integridad. Pocos frente a muchos y derrotados frente a vencedores, caían por doquier; sin embargo, una gran parte de los soldados, tras haberse refugiado en los bosques cercanos, lograron huir al campamento de P. Escipión, que estaba al mando del lugarteniente T. Fonteio. Cuentan unos que Gn. Escipión fue muerto en la colina en el primer ataque de los enemigos y otros que logró huir con unos cuantos a una torre cercana al campamento; que se le prendió fuego a su alrededor y que de esta forma, una vez quemadas las puertas que no habían podido ser violentadas por fuerza alguna, fue tomada y que todos perecieron en su interior junto con el propio general. Gn. Escipión fue muerto a los veintinueve días de la muerte de su hermano, ocho años después de su llegada a Hispania”.

BIBLIOGRAFÍA

- ALARCÓN RUIZ, C., 2005: "Patrimonio intangible: la huerta de Murcia y el Consejo de Hombres Buenos", en A. V. FREY SÁNCHEZ y R. A. BORRERA FERNÁNDEZ (eds.), *Estudios de Patrimonio y Urbanismo de la Región de Murcia*, 3. Murcia, Universidad de Murcia – Grupo Jácena.
- AYALA JUAN, M. M., 1994: "La Edad del Bronce Antiguo y Medio en la Región de Murcia" en *Historia de la Región de Murcia. Prehistoria*, J. EIROA GARCÍA (Coord.), Murcia, Universidad de Murcia, pp. 227-261.
- BLAZQUEZ, J. M., 1971: "La Iberia de Estrabón." *Hispania Antiqua*, 1, Vitoria, p. 1-94.
- CÁNOVAS COBEÑO, F., 1980: *Historia de la Ciudad de Lorca*. Lorca-Murcia: Agrupación Cultural Lorquina, [edic. facsímil de 1890].
- CARO BAROJA, J., 1946: *Los Pueblos de España*. Barcelona, Editorial Barna.
- CASCALES, F., 1621: *Discursos Históricos de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Murcia y su Reyno*. Murcia, Luis Berós.
- CHAPMAN, R. W., 1991: *La formación de las sociedades complejas. El sureste de la Península Ibérica en el marco del Mediterráneo Occidental*. Barcelona, Crítica.
- EIROA GARCÍA, J., 1994: *Historia de la Región de Murcia. Prehistoria*. Murcia, Universidad de Murcia.
- FONTENLA BALLESTA, S., 2000: *Huércal y Overa Medievales*. Lorca, Editorial Fajardo El Bravo.
- GARCÍA ASENSIO, E., 1908: *Historia de la Villa de Huércal-Overa*. Murcia, Tipografía José Antonio Jiménez.
- GARCÍA LÓPEZ, M.; BUENDÍA NOGUERA, M. y LLINARES BENEYTO, J., 1989: "Aportación a la Carta Arqueológica de la Región de Murcia: índice de yacimientos" *Verdolay*, 1, Murcia, pp. 7–47.
- GIL OLCINA, A., 2004: *El Campo de Lorca*. Murcia, Universidad de Murcia.
- GILMAN GUILLÉN, A. y THORNES, J. B., 1985: *El uso del suelo en la Prehistoria del Sureste Español*. Madrid, Fundación Juan March.
- GÓMEZ ESPÍN, J. M., 2004: *Aprovechamiento integral del agua en la Rambla de Nogalte (Puerto Lumbreras – Murcia)*. Murcia, Universidad de Murcia.
- GÓMEZ MARTÍNEZ, J. A. y GÓMEZ MARTÍNEZ, J., 2006: *La Prehistoria en el área de Puerto Lumbreras. Marco general y contextualización de yacimientos*. Murcia, Universidad de Murcia.
- IDAÑEZ SÁNCHEZ, J. F., 1987: Informe de excavación de urgencia realizado en la necrópolis eneolítica de Murviedro (Lorca): *Excavaciones y Prospecciones Arqueológicas*. Murcia, Editora Regional, pp. 93-102.
- LOMBA MAURANDI, J., 1994: "El Bronce Tardío y Bronce Final en la región de Murcia", en *Historia de la Región de Murcia. Prehistoria*, J. EIROA GARCÍA (Coord.), Universidad de Murcia, pp. 263-287.
- LULL, V., 1983: *La Cultura del Argar. Un modelo para el estudio de las formas económico-sociales prehistóricas*. Madrid, Akal.
- MARTÍNEZ, J.A. y MUNUERA, D., 2003: *El castillo de Nogalte y su entorno*. Puerto Lumbreras, Ayuntamiento de Puerto Lumbreras.
- MERINO ÁLVAREZ, A., 1981: *Geografía histórica del territorio de la actual provincia de Murcia: desde la Reconquista por D. Jaime I de Aragón hasta la época presente*. Madrid, Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia e Intervención Militares, reedición en Murcia, Real Academia Alfonso X El Sabio.
- MOROTE, P., 1980: *Antigüedades y Blasones de la Ciudad de Lorca*. Lorca, 1741, reedición facsímil de la Agrupación Cultural Lorquina, Lorca.
- RODRÍGUEZ LLOPIS, M., 1997: *Historia de la Región de Murcia*. Murcia, Editora Regional.
- SÁNCHEZ GONZÁLEZ, M. J., 1994: "El Paleolítico Inferior", en *Historia de la Región de Murcia. Prehistoria*, J. EIROA GARCÍA, Murcia: Universidad de Murcia.
- TITO LIVIO: *Historia de Roma. La Segunda Guerra Púnica*, en A. RAMÍREZ DE VERGER y J. FERNÁNDEZ VALVERDE (Eds.), 1992, Madrid, Alianza Editorial.
- TOVAR, A. y BLAZQUEZ, J. M., 1993: *Historia de la Hispania Romana*. Madrid: Alianza Editorial.
- WALKER, M. J., 1988: *Ensayo de caracterización de poblaciones del Sureste Español, 3000 a 1500 A.C.* Murcia: Universidad de Murcia.